

El caló es el verbo hecho presidiario.

Y realmente asusta que el principio pensante del hombre pueda ser llevado tan abajo, y arrastrado y oprimido allí por las obscuras tiranías de la fatalidad, que pueda estar sujeto por desconocidos vínculos en ese precipicio.

¡Oh pobre pensamiento de los miserables!

¡Ah! ¿No acudirá nadie al socorro del alma humana que yace en esa sombra? ¿Será su destino esperar en ella para siempre el espíritu, el libertador, el inmenso jinete de los pegasos y de los hipógrifos, el soldado de color de aurora, que desciende del azul entre dos alas, el radiante caballero del porvenir? ¿Llamará siempre en vano á su auxilio la lanza de luz del ideal? ¿Está condenada á oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y á entrever cada vez más cerca, bajo las aguas repugnantes, esa cabeza de dragón, esa boca arrojando espuma, esa ondulación serpenteante de garras, de hinchazones y de anillos? ¿Será preciso que viva allí sin un resplandor, sin esperanza, entregada á esa aproximación formidable y vagamente sentida del monstruo, temblorosa, con el cabello suelto, retorciéndose los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?

III

CALÓ QUE LLORA Y CALÓ QUE RÍE

Como hemos dicho, el caló completo, el caló de hace cuatrocientos años, como el caló de hoy, está penetrado de ese tenebroso espíritu simbólico, que da á todas las palabras, ya un aspecto dolorido, ya un aire amenazador. Se descubre en ellas la antigua y terrible tristeza de los truhanes de la Corte de los Milagros, que jugaban á las cartas con naipes especiales, de los cuales se han conservado algunos. El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho grandes hojas de trébol, especie de personificación fantástica del bosque. Al pie del árbol se veía una hoguera, en que tres liebres asaban á un cazador en el asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de donde salía la cabeza de un perro.

Nada más lúgubre que estas represalias en pintura, y en una baraja, en presencia de las hogueras que quemaban á los contrabandistas y de la caldera en que se cocían los monederos falsos. Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino del caló, hasta la canción, hasta la burla, hasta la amenaza, tenían este carácter impotente y humillado.

Todas las canciones, cuya música se ha conser-

vado alguna vez, eran humildes y lastimeras. El *pi-gre* se llamaba *pobre pigre*, y siempre es la liebre que se oculta, el ratón que se escapa, el pájaro que huye. Apenas reclama; se limita á suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros:—*Mande na jabillo sasta Debel, ó batu de manuces, asti traelar á desqueres chaboros y junelar desqueres bariches bi traelarse* (1).

El miserable, siempre que tiene tiempo de pensar, se hace pequeño ante la ley y despreciable ante la sociedad: se echa boca abajo, suplica, se vuelve hacia la piedad; se conoce que sabe sus faltas.

Hacia mediados del último siglo se verificó un cambio. Las canciones de la cárcel, los ritornelos de los ladrones tomaron, por decirlo así, un gesto insolente y jovial. El quejumbroso *maluré* fué reemplazado por *larifla*. En el siglo XVIII vuelve á encontrarse, en casi todas las canciones de las galeras y de los presidios, una alegría diabólica y enigmática. Se oye este estribillo estridente que parece iluminado por una luz fosfórica y arrojado en un bosque por un fuego fátuo, tocando el pífano:

Mirlababi surlababo
Mirliton ribonribete
Surlababi mirlababo
Mirliton ribonribo.

Esto se cantaba mientras se degollaba á un hombre en una cueva ó en un escondrijo del bosque.

Síntoma grave. En el siglo XVIII la antigua melancolía de esas tristes clases se disipa; se echan á

(1) Yo no comprendo cómo Dios, el padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos y oír sus gemidos sin atormentarse á sí mismo.

reír; se burlan del gran *Debel* y del gran *benguistano*. Desde el tiempo de Luis XV le llaman al rey de Francia «el marqués de Pantin». Ya están casi alegres. Una especie de ligera luz sale de estos miserables como si la conciencia no les pesase nada. Esas lastimeras tribus de la sombra no tienen ya solamente la audacia desesperada de las acciones, sino también la osadía negligente del ingenio. Indicio de que pierden el sentimiento de su criminalidad y de que encuentran, hasta entre los pensadores y los utopistas, un apoyo que desconocen ellos mismos: indicio de que el robo y el pillaje principian á infiltrarse hasta en las doctrinas y en los sofismas; de manera que pierden algo de su fealdad, prestando una gran parte de ella á los sofismas y á las doctrinas: indicio, en fin, si no se distrae esta corriente, de que se aproxima una explosión prodigiosa.

Detengámonos aquí un momento. ¿A quién acusamos? ¿Al siglo XVIII? ¿A su filosofía? No, ciertamente. La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot á la cabeza; los fisiócratas, con Turgot á la cabeza; los filósofos, con Voltaire á la cabeza; los utopistas, con Rousseau á la cabeza, son las cuatro legiones sagradas, á las cuales se debe el inmenso paso dado por la humanidad hacia la luz. Son las cuatro vanguardias del género humano, dirigiéndose á los cuatro puntos cardinales del progreso; Diderot, á lo bello; Turgot, á lo útil; Voltaire, hacia lo verdadero; Rousseau, hacia lo justo.

Pero al lado, y por bajo de los filósofos, estaban los sofistas, vegetación venenosa mezclada con el progreso saludable, cicuta de un bosque virgen. Mientras que el verdugo quemaba en el atrio del palacio de Justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores, hoy olvidados, publicaban, con pri-

vilegio del rey, ciertos escritos extrañamente desorganizados, ávidamente leídos por los miserables. Algunas de estas publicaciones, patrocinadas, cosa singular, por un príncipe, se encuentran en la *Biblioteca secreta*. Estos hechos profundos, pero ignorados, no eran conocidos en la superficie. Algunas veces la obscuridad de un hecho constituye su peligro: es obscuro porque es subterráneo. De todos los escritores, el que quizá ahondó en las masas la galería más insalubre, fué Restif de la Bretonne.

Este trabajo, común á toda Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna otra parte. En Alemania, durante cierto período, resumido por Schiller en su famoso drama *Los Bandidos*, el robo y el pillaje se erigían en protesta contra la propiedad y el trabajo; se asimilaban ciertas ideas elementales, especiosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad; se envolvían en estas ideas, desaparecían en ellas en cierto modo; tomaban un nombre abstracto y pasaban al estado de teoría, y de esta manera circulaban entre la multitud laboriosa, paciente y honrada, sin noticia de los mismos químicos imprudentes que habían preparado la mixtura; sin saberlo las masas que la aceptaban. Siempre que se verifica un hecho de este género, es muy grave. El padecimiento engendra la cólera, y mientras que las clases prosperan, se ciegan ó se adormecen, lo cual es siempre cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su antorcha á la luz de algún ánimo tétrico ó contrahecho, que sueña en un rincón, y con ella se pone á examinar la sociedad. ¡El examen del odio! ¡Cosa terrible!

De aquí provienen, si la desgracia de los tiempos lo quiere, esas terribles conmociones que antes se llamaban *jacquerías*, á cuyo lado las agitaciones puramente políticas son juegos de niño, que no son

ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión del malestar contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las *jacquerías* son temblores del pueblo.

Este peligro, inminente quizá en Europa á fines del siglo XVIII, fué el que vino á detener la revolución francesa, ese acto inmenso de probidad.

La revolución francesa, que no es más que lo ideal armado de la espada, se levantó y, con el mismo movimiento brusco, cerró la puerta del mal y abrió la puerta del bien.

Desprendió la cuestión de todo lo que la obscurecía, promulgó la verdad, expulsó el miasma, sanificó el siglo y coronó al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez, dándole una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda y beneficia su obra; y hoy la catástrofe social que hemos indicado hace poco, es simplemente imposible. Denunciarla, es ceguedad; temerla, necedad. La revolución es la vacuna de la *jacquería*.

Gracias á la revolución, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre; ya no hay nada de la Edad media en nuestra constitución. No estamos ya en aquellos tiempos en que horribles palpitaciones interiores hacían una irrupción, en que se oía bajo los piés el obscuro rumor de un ruido sordo, en que aparecían en la superficie de la civilización ciertos levantamientos de galerías secretas, en que el suelo se abría, en que se abrían las bóvedas de las cavernas y se veían salir de repente de la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral.

El sentimiento del derecho desarrollado, desarro-

lla el sentimiento del deber. La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro, según la admirable definición de Robespierre.

Desde 1789 el pueblo entero se dilataba en el individuo realzado; no hay ningún pobre que teniendo su derecho no tenga su rayo de luz; el hambriento siente dentro de sí mismo la honradez de Francia, la dignidad del ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina. De aquí proviene la incorruptibilidad; de aquí el aborto de esas ambiciones funestas; de aquí el que los ojos se bajen heroicamente ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal que en un día de libertad, en un 14 de julio, en un 10 de agosto, no hay populacho. El primer grito de la multitud iluminada y engrandecida es: ¡pena de muerte al ladrón! El progreso es honrado; lo ideal y lo absoluto no encubren nada. ¿Quién escoltó en 1848 los furgones que llevaban las riquezas de las Tullerías? Los traperos del arrabal de San Antonio. El harapo hizo la guardia ante el tesoro: la virtud hizo resplandecientes á estos harapos. En aquellos furgones estaba, en cajas apenas cerradas ó entreabiertas, entre cien estuches brillantes, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, terminada por el carbunco de la monarquía, es decir, por el regente, que vale treinta millones de francos. Con los piés descalzos guardaban aquella corona.

Acabóse, pues, la *jacquería*. Lo siento por los hábiles. Con ella se va el temor que ha causado su último efecto y que no podrá ya ser empleado en política; se ha roto el espectro rojo; todo el mundo lo sabe; el espantajo no espanta ya; los pájaros se toman familiaridades con el maniquí; los gorriones se posan en él; los ciudadanos se ríen de él.

IV

LOS DOS DEBERES: VELAR Y ESPERAR

Siendo esto así, ¿se ha disipado todo peligro social? No. No hay ya *jacquería*; la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre á la cabeza; pero medite en el modo con que respira. La apoplejía no es de temer; pero sí la tisis. La tisis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual, aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener como Briareo cien manos que tender por todas partes á los débiles y á los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes y laboratorios á todas las inteligencias; aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el deber y el haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la saciedad á la nece-